



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6567
55
D73

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.— Establecimiento Tipográfico « Sucesores de Rivadeneyra. »
Paseo de San Vicente, núm. 20.

CELESTE.

I.

LA VIAJERA.

En una fresca mañana del mes de Junio subían por el camino que lleva desde la capital de Aragón al pueblo llamado Cabañas, pequeña y alegre aldea situada á las márgenes del Jalon, dos personas de edad diferente, y también de muy distinto aspecto.

Era la primera una mujer joven y de gran belleza, si bien marchita por señales de crueles padecimientos, que así podían tener su raíz en la parte moral como en la física, á juzgar por su palidez y por el abatimiento de su mirada.

Parecía contar de veinticuatro á veintiseis años; era bastante alta, ó á lo ménos lo hacía creer así la gallardía con que se destacaba su talle del lomo del caballo que montaba y dirigía con absoluta distracción; su tez blanca y pálida hacía resaltar las hermosas bandas de

cabellos negros que se rennían detras de su cabeza, bajo su sombrero de montar, de paja, y adornado con una larga pluma blanca.

Negros eran tambien sus ojos, hermosos, rasgados, pero en los que se veía un tinte de prodigiosa altivez, á pesar de la tristeza que brotaba de sus pupilas; su boca, pequeña, estaba pálida y marchita; sus mejillas, flacas, presentaban, no obstante, un precioso y noble dibujo; su diminuta barba era delicada y encantadora; en suma, aquella jóven era bella, pero se conocía que podía serlo infinitamente más, cuando recobrase la salud del alma ó la del cuerpo, pues no podía adivinarse cuál era la que le faltaba.

Su traje era tan sencillo como elegante.

Se componía de un vestido de montar, de piqué color de ante, hecho en forma de casaquilla, abierta por el pecho, y que dejaba ver una camisola de batista delicadamente plegada; bajo el cuello liso de la camisa pasaba una corbatita azul oscuro, de una sencillez casi varonil, y anudada con negligencia.

La manga de la amazona, un poco abierta, dejaba ver otra de batista, y sus guantes de castor, flexible y fino como la seda, estaban guarnecidos por una ancha manopla, para preservar su delicada muñeca de los rayos del sol.

Llevaba en la diestra un látigo con puño de oro, que para nada usaba, pues el caballo era excelente, fogoso y voluntario, y el camino muy bueno.

La persona que acompañaba á la jóven era un lacayo de aire truanesco y socarrón: se advertía en sus ojos

tanta vivacidad como malicia; vestía calzon blanco de punto, botas altas de montar y una librea azul con botones plateados, pero sin distintivo alguno; el sombrero era negro y sin escarapela ni armas que indicasen á qué clase pertenecía su ama.

Era el año de 1876, y uno de los primeros días del mes de Junio; la mañana estaba fresca, embalsamada, deliciosa; á un lado y á otro de la ancha senda que seguían la dama y su lacayo se extendían hermosos y verdes campos, frondosos huertos llenos de frutales y verdes viñedos recargados de abundante fruto, que prometía una rica cosecha.

Muchos trabajadores se ocupaban en las labores del campo, con esa alegría y ardor que preside en las primeras horas de la mañana en toda clase de trabajos.

No hay, en efecto, cosa más útil que el madrugar para las personas que tienen que entregarse á árduas tareas, ya sean corporales, ya producto de la imaginación: en las primeras horas del día la cabeza está más despejada y la sangre circula con mayor libertad.

No pensaba así sin duda el acompañante de la jóven, porque no cesaba de bostezar, como echando de ménos el blando sosiego de la cama: ni una sola mirada fijaba en el hermoso espectáculo que se desplegaba ante su vista, ni en la deliciosa y fértil campiña bañada por los dorados rayos del sol naciente.

Su ama participaba de su indiferencia, aunque no de su sueño: tampoco concedía una sola mirada á aquel delicioso paisaje; marchaba sumergida en sus cavilaciones, y sin responder á los saludos de los aldeanos y de los

labradores, que comunmente se reducen á estas palabras :

— Vayan con Dios.

Al pasar junto á un huerto donde se hallaban unos muchachos cogiendo fruta, la viajera, pues no se podia creer que fuese sólo á paseo á distancia tan larga de una poblacion, la viajera llamó á su criado con una seña y éste se aproximó al instante.

— Leandro — dijo ella en voz baja y con acento frio — pregunte V. á esos chicos cuánto distamos de la aldea.

El servidor se separó, y volviendo bridas á su caballo se aproximó á la orilla del camino y gritó :

— Muchachos, ¿ está cerca de aquí el lugar?

— ¿ Qué lugar? — preguntaron dos ó tres de los chicos, dejando su tarea.

— ¡ Toma! ¡ el pueblo!

— Pero ¿ qué pueblo?

— ¿ Tantos hay?

— Diez ó doce, y á todos llevo yo en tres horas — repuso uno de los muchachos mayores.

— Vaya V. contando — repuso otro. — Grisen, Pinseque, Torres, la Joyosa, Alagon, Cabañas.....

— ¡ Basta! — interrumpió el lacayo de mal humor — á ese último vamos.

— ¿ Á Cabañas?

— Sí.

— Para llegar á ése les falta andar una hora.

— ¿ Por quién preguntan VV. en Cabañas? — interrogó el que se habia jactado de andarín.

— Por el alcalde.

— ¿ Por el Sr. Juan María?

— Sí.

— Ese es mi padre, y si VV. quieren yo les guiaré.

— Anda, pues — dijo la viajera — y busca el camino más corto, que en llegando yo te pagaré.

— No lo hago yo porque V. me pague, señora — dijo el muchacho, que aparentaba unos trece años — sino porque tengo gusto en servirla.

La dama no respondió, y volvió á su expresion de hastío é indiferencia.

Al fresco de la mañana sucedió poco á poco un calor sofocante, que aumentó la fatiga que se advertia en el rostro de la jóven; más ésta apretó el paso de su caballo, y por último llegó á divisarse el campanario de la aldea.

— Aquí vive mi padre — dijo el muchacho señalando á una casa de muy humilde apariencia, situada enfrente de la iglesia.

La jóven hizo un gesto de disgusto; detuvo su caballo, y bajó de él ligeramente y sin la ayuda de nadie.

En el mismo instante apareció una mujer de edad madura, á quien dijo el muchacho que habia servido de guía :

— Madre, esta señorita pregunta por padre.

— Bueno, hijo, vuélvete á trabajar — respondió la labradora, enjugando con su pañuelo la frente del muchacho; — anda, y acabad pronto, que ya se siente mucho calor.

— ¡ Bah, madre! ¿ y he de volverme ahora al huer-

to? — preguntó mohino el chico; — hace un sol que aplana.

— ¿Por qué has venido?

— Para enseñar el camino á la señorita.

— Cualquiera le hubiera dado razon de él; pero ya que has venido, vuelve á marcharte.

— ¡Hace mucho calor!

— El mismo calor hace para tu padre que ya va siendo viejo, y para tu pobre hermano pequeño.

— Eso no me quita á mí el que tengo — respondió el muchacho sentándose por un alarde de terquedad.

— ¡Qué lástima de paliza! — dijo á media voz el lacayo, creyendo que su ama no le oía.

No sabemos si ésta no le escuchó realmente; la que sí le oyó fué la alcaldesa, que miró con seriedad al criado y le dijo gravemente:

— ¡Oiga V.! no se entrometa en lo que no le va ni le viene; ¿estamos?

— No, ¡que mi señora y yo estamos aquí para oír replicar á ese zopenco! — repuso con insolencia el lacayo.

— Me hará V. el favor de callarse ó de marcharse de aquí al instante — repuso la anciana; — yo no debo sufrir que le ponga usted apodos á mi hijo.

Luégo, volviéndose al muchacho, le dijo con una mezcla de dignidad y tristeza:

— Ya ves, Pedro, el resultado de tu terquedad, te insultan y yo tengo que sufrirlo.

— ¡Y yo le cortaré la lengua al del leviton! — dijo el chico furioso y abalanzándose al lacayo.

— ¡Perico! — gritó la alcaldesa — ¡aquí, y quieto!

El muchacho bajó el puño que tenía levantado, pero no fué al lado de su madre; ésta se volvió á la viajera y le dijo:

— ¿Es V. la señora doña Enriqueta?

— Sí — respondió la jóven.

— ¿La prima de la señora Condesa?

— Sí.

— De ese modo, señora, las dos nos entenderemos; mande V. que se vaya su criado.

— Vête, Leandro — dijo la viajera.

Este, sin responder, volvió á montar á caballo, se quitó el sombrero, y dijo á la jóven:

— ¿Cuándo volveré?

— No me haces falta ya: vuelve á la ciudad y di á mi prima que envíe á Teresa; tú puedes ponerte en camino para Madrid esta misma noche.

Leandro saludó, volvió grupas y se fué riéndose del muchacho, que le siguió con una mirada de rencor.

II.

CELESTE.

Cuando el criado hubo desaparecido, la alcaldesa se volvió hácia Perico y le dijo:

— Qué, ¡no te vas!

— No tengo ganas de volver al huerto.

—Advierto á V., buena mujer, que vengo muy fatigada—dijo la viajera, que ya se enojaba de escuchar el altercado entre madre é hijo.

—Ahora hablaremos, señorita—repuso aquélla: luego, mirando á su hijo, añadió:

—Mira, hijo mio, Perico, no vayas á trabajar si no quieres; pero me darás una pesadumbre, y tú tampoco estarás contento.

—¿Qué no?—dijo el chico;—¡vaya si estaré, tumbado todo el día á la bartola!

—¡Te cansarás de eso! La noche se ha hecho para dormir y el día para trabajar: vamos, vé, y no me apesadumbres; no quiero obligarte, pero ya sabes que tienes que cuidar de nuestra poca hacienda; ve allá dentro, bebe agua fresca y tómame una torta para el camino.

El muchacho se levantó de mala gana y entró en la cocina, situada en el patio, saliendo casi al instante: llevaba en la mano una torta grande y de un delicioso color de oro, se dirigió á la puerta, y dijo:

—Hasta más tarde.

—Adios, hijo mio—observó la madre—hoy has sido bueno y razonable; adios.

Luego, volviéndose á la viajera, le preguntó:

—¿Usted, señora, querrá ir al instante á su casa, es verdad?

—Al momento; estoy muerta de fatiga.

—Pues vamos allá.

Y la alcaldesa descolgó una llave de un clavo y echó á andar; pero volvió atrás algunos pasos, y dijo á la viajera:

—Mejor sería que descansase V. acá hasta la tarde; la casa está algo lejos, y ahora hace mucho calor.

—Vamos, pues, adentro—contestó la que había dicho llamarse Enriqueta;—pero ¡Dios mio! ¡vamos pronto, estoy enferma y muerta de fatiga y de calor!

La anciana subió una estrecha escalera; siguióla la jóven, y ambas se hallaron en una salita cuadrada donde cosía una muchacha al lado de la ventana entoldada por una frondosa madreselva.

Al ver entrar á las dos mujeres, se levantó y se acercó á ellas.

—Celeste—dijo la alcaldesa—vé á la cueva, hija mia, y trae para esta señorita agua fresca con azúcar.

La jóven salió, y Enriqueta, estenuada de fatiga, se dejó caer en una de las sillas de pino verde que decoraban la estancia.

Era bastante reducida: á un lado se veía un pequeño lecho sin cortinas y cubierto con una colcha de indiana azul con ramos; al otro había una mesita, y sobre ella una urna de cristal que encerraba un San Antonio sosteniendo á un niño Jesus; una y otra imagen eran de tosca talla, pero ambas tenían una cautivadora expresion.

Las facciones del santo lego respiraban ternura, alegría y fervor.

Las del niño, tristeza y cariño; parecía sostenido apenas por las manos de Antonio de Pádua, que le contemplaba arrobado y confuso.

La urna estaba cerrada en sus extremos por tiras de papel, amarillas por el tiempo y llenas de ultrajes de las moscas.

Algunas sillas grandes y pesadas, de pino, pintadas de verde, acababan de decorar la habitación.

Dos ó tres estampas groseramente iluminadas, que representaban los amores de Atala y Chactas, adornaban la estancia, alternando con otro cuadro que representaba á San Juan niño, y jugando con un hermoso corderito de rizado vellon.

El suelo estaba lavado y luciente de limpieza.

La señora Joaquina—que así se llamaba la alcaldesa—vió con terror que Enriqueta cerraba los ojos y se reclinaba en el respaldo de la silla: tocó su frente, y la halló húmeda y helada; tocó sus manos, y estaban ardientes; al ver su estado, le quitó el sombrero, y las largas trenzas de cabellos de la viajera se tendieron por su espalda.

Entónces la señora Joaquina tomó de sobre la mesa un abanico muy grande de papel verde y pié de ballena, cuyo fabricante debia ya de haber muerto de viejo, y empezó á echar aire á la jóven en tanto que subia Celeste.

No tardó ésta en llegar: traía en una mano un plato con un vaso lleno de agua, tan fria, que se habia empañado el cristal, y en la otra otro plato con algunos terrones de azúcar muy morena.

—Hija, dame eso y siéntate—dijo la alcaldesa al oír la respiracion anhelante de Celeste.

La jóven puso los dos platos en las manos de su madre, y se dejó caer en otra silla, casi ahogada por la fatiga que hacía levantar su pecho.

La señora Joaquina mezcló azúcar con el agua y lo

revolvió todo, acercando despues el vaso á los labios de Enriqueta, que, á pesar de estar casi inanimada, bebió con ánsia y abrió los ojos.

—¡Vamos! esto ya va mejor—dijo la alcaldesa dejando á la viajera para acercarse á su hija.

Era ésta una jovencita que apénas llegaría á los diez y seis años de edad; nada es posible imaginar de más suave, cándido y dulce que su belleza que ostentaba todas las gracias delicadas de la adolescencia.

Largos cabellos rubios y sedosos guarnecían su carita, apacible como la de un ángel; sus ojos azules eran suaves, y hubiera envidiado su color la aterciopelada flor de la hierba doncella ó de la pervinca que crece á orillas de los lagos de Alemania.

Aquellas anchas pupilas celestes sonreían llenas de alegría y de dulzura casi siempre, y eran tan puras, tan bellas, tan transparentes, que dejaban ver toda el alma de la jóven.

La linda boquita de Celeste era rosada como una flor de ese precioso coral napolitano, más suave en el color que el que se encuentra en otros mares: cuando se reía descubría dos pequeñas sartas de perlas diminutas, pues tal parecía su preciosa dentadura.

La frente de Celeste descubría talento; pero aún más, una gran sensibilidad; sensibilidad que acusaba tambien la expresion de sus ojos y de su sonrisa.

Aquella niña parecía haber nacido para representar la musa de la poesía ó de la música; nacida en otra clase, ó con otra educacion, es bien seguro que se hubiera distinguido por alguno ó quizá por todos los talentos.

Pero nacida en Cabañas no podía tener más que la luz radiosa de que Dios había dotado á su entendimiento: su sensibilidad exquisita, su dulzura angelical y su paciencia de santa.

Al ver á Celeste se experimentaba, sin que se pudiera explicar el por qué, un sentimiento de tristeza; aquella figura aérea, suave, blanca, casi vaga, no parecía pertenecer á este mundo, y se temía verla volar al cielo en el mismo instante en que con mayor delicia se la contemplaba.

Sin ser enfermiza, tenía una constitucion endeble y débil; comía muy poco, y hubiera podido decirse que se alimentaba sólo de su puro y tranquilo sueño.

El señor cura de Cabañas la había enseñado á leer, escribir y contar, y la alcaldía hubiera ido mucho peor gobernada á no ser por los consejos que ella daba á su padre Juan María y por los escritos que redactaba con una letra inglesa, clara y perfecta como la de un adolescente.

Juan María, hombre rudo, brusco y áspero, adoraba á Celeste, y hubiera querido encerrarla, para que no la dañasen ni el aire ni la luz, en una caja de algodones; no era menor la idolatría que le profesaba su madre la buena Joaquina, mujer alta, delgada, enjuta, pero de muy blanda condicion.

No era extraño, por otra parte, aquel tierno y excesivo cariño: Celeste era su hija única, y hacía el más extraño contraste con sus hermanos Perico y Mariano, muchachos toseos, en particular el mayor, que era además terco y voluntarioso.

— Señor cura—decía alguna vez al vicario Juan María—tengo miedo de perder á mi Celeste.

Y el fudo labrador enjugaba una lágrima con el dorso de su mano encallecida.

— Pero, hombre, ¿por qué?—preguntaba el señor cura—¿está acaso enferma?

— No, señor.

— ¿Pues por qué te dejas llevar de esas ideas tan tristes?

— Ya hago lo que puedo por separarlas de mí, señor cura; pero al ver á mi hija tan buena..... y tan dulce de condicion; al pensar que jamas nos ha dado ninguna pesadumbre; al verla rezar con tanto fervor, y sobre todo, al verla tan hermosa, me parece que no la merecemos y que el Señor la va á llamar á su lado.

El señor cura hacía por calmar estos temores: un día que Juan María se los manifestaba por la décima vez, le preguntó:

— ¿Por qué no casas á Celeste?

— ¿Y con quién, señor?—respondió afligido el pobre padre:— ¡si ésa es otra de mis penas! ninguno de los mozos del pueblo se atreverá jamas á decir nada á mi hija, y eso que yo los animo; pero como es tan hermosa, blanca y delicada, les parece una imagen; ¡luego ella no mira á ninguno!

— No hay que apresurarse por eso, Juan María; es muy niña, y ella llegará á querer á alguno; mas para ese caso, oye un consejo que te voy á dar.

— Diga V., señor vicario.

— Cualquiera que sea el hombre que elija, cájala con

él, ¿entiendes? No empees jamas una lucha con esa organizacion delicada, con esa alma tierna que podrias destrozár.

— Dios me libre de oponerme jamas á lo que ella desee, señor vicario — dijo el alcalde — y ¿cómo hacerlo? Por otra parte, ¿no es ella la luz de mis ojos?

— Es que podria elegir mal: se han visto casos en que la oveja y la cordera han amado al lobo.

— Sea quien quiera la persona á quien mi hija escoja, no me opondré á su voluntad, y lo mismo hará Joaquina, que la quiere tanto como yo.

Celeste siguió, pues, bajo el amparo de sus padres, que anhelaban ver en quién fijaba su cariño; pero la jóven no pensaba más que en amar con toda su alma á éstos y á sus hermanos: ningun domingo queria bajar á la plaza, y se pasaba las tardes sentada en el huerto bajo la sombra de un frondoso nogal.

Su hermano Pedro, que era en extremo indómito, la amaba tambien con la mayor ternura.

Un día que el Jalon bajaba muy crecido, dijo que se iba á bañar con otros chicos del pueblo.

— Te guardarás muy bien de hacerlo — repuso irritado el alcalde — porque te daré un castigo del que te acordarás miétras vivas.

Dicho esto, volvió la espalda Juan María, y su hijo murmuró á media voz:

— Ahora iré mejor.

— Pero, hijo mio, ¿qué ganas con darnos pesadumbres! — dijo á media voz Joaquina con tono de queja.

— Yo, nada — repuso Perico; — pero quiero irme á bañar, y he de ir.

— Baja el rio muy crecido y puedes ahogarte.

— El mal será para mí.

Algunas lágrimas saltaron de los ojos de la buena Joaquina: no era ella capaz de alzar la mano sobre un hijo suyo, pero era sí muy capaz de morir de una pesadumbre.

Como se ve, existia alguna semejanza entre Celeste y su madre; pero la hija estaba dotada de tan admirable talento, que éste acababa siempre las obras que empezaba su dulzura.

— Pedro — dijo la jóven, que sentada junto á la puerta del jardin bordaba un pañuelo blanco de muselina para su madre — tú serás desgraciado toda tu vida.

— La cuenta es mia — repuso el muchacho brutalmente; — no pases pena por eso, ni te metas en camisa de once varas.

Celeste calló; pero miró á su hermano con un aire de tristeza tan profundo, que aquél sintió dentro de su corazon una gran pena, y preguntó:

— ¿Por qué dices eso, vamos á ver?

Celeste calló.

— ¡Vamos, habla! ¿por qué dices que toda la vida seré desgraciado? — repitió Pedro.

— Porque toda tu vida serás malo — respondió Celeste con acento triste.

Perico corrió hácia su hermana, y levantó la mano para pegarla.

— ¡Tunante! — gritó Joaquina exasperada y corriendo

á detener el brazo de su hijo;—¿vas á hacer lo que ni tu padre ni yo hemos hecho jamas?

—Déjele V., madre mía—dijo Celeste con tranquilidad y alzando sus bellos ojos, tan dulces y tan expresivos;—más daño se hará él que me hará á mí.

—¡Ya lo creo!—murmuró Perico dejando caer la mano;—no podría cascarte á tí: en cambio Mariano me lleva unas tocatas (1) de lo lindo.

—¿Y adelantas algo con eso?—preguntó Celeste—¿te complace así mejor nuestro pobre hermanito?

—¡No por cierto, es más terco que el buey rojo!

—¿Y por qué sigues pegándole?

—¡Toma! para quitarle la *tozudería* (2).

—De esa suerte, ahora debería madre pegarte á tí.

—¿Por qué?

—Por terco: ¿no te has empeñado en irte á bañar cuando puedes ahogarte?

—¡Ya lo creo! me he empeñado é iré; yo soy más fuerte que Mariano, tengo trece años y no me dejaré zurrar.

—¡Es decir, que tú ejerces el derecho del fuerte! ¿no te da vergüenza?

—¡Ni *miaja*! (3).

—Tanto peor para tí: siempre serás desgraciado, mi pobre Pedro, porque el que no es bueno, no es dichoso.

(1) *Tocatas*: palizas ó muchos golpes seguidos; expresion usual de los aldeanillos y de los muchachos en Aragon.

(2) *Tozudería*: terquedad; *tozudo*: terco ó mal mandado.

(3) *Miaja*: nada absolutamente.

—¡Es decir que dejando de ir á bañarme seré bueno y dichoso!

—¿Quién lo duda?

—¡Tonta! ¿y qué provecho me ha de venir de obedecer?

—El de estar tranquilo y decir: hoy he sido hombre honrado porque he obedecido á mis padres.

—¿Dejo de ser hombre honrado si no los obedezco?

—Sí; el primer deber del hombre de bien es honrar á padre y madre.

Perico no halló qué responder.

Era un muchado fornido, alto, áspero y mal trabajador; imposible es imaginar instintos mas groseros que los de Perico: su mayor placer consistia en comer ó dormir; su talla pasaba ya toda la cabeza á la de su hermana, cuya estatura apenas llegaba á ser mediana.

Rompia muchísima ropa y no se peinaba el cabello jamas, á no ser que á fuerza de súplicas se lo dejase arreglar por la suave mano de Celeste.

No obstante, á traves de aquella ruda corteza se adivinaba un corazon sensible; pero tan oculto, que sólo la penetrante mirada de su hermana habia podido columbrarlo.

Amado en extremo por sus padres, pues el alcalde y su esposa adoraban á sus tres hijos, aunque prefiriesen á Celeste á causa de sus circunstancias particulares, Perico habia hecho su gusto desde que nació.

Su padre, brusco como él, no se avenia al ruego, y le amenazaba, aunque sin castigarle nunca; bien es verdad que esta blandura consistia en que su esposa y su hija

le ocultaban con el más exquisito esmero todas las desobediencias y groserías de Pedro, ya por el amor que á éste tenían, ya por el temor de ver en una contienda frente á frente al severo Juan María con Pedro, que iba siendo un verdadero Goliat.

En el día del empeño por bañarse, el altercado del muchacho con su hermana, en el que se advertía tanta grosería de parte de Pedro y tanta suavidad de parte de Celeste, ésta llevó la mejor parte; el muchacho calló, y después de un rato dijo:

— Está bien: no iré á nadar al río.

— ¿De veras? — preguntó Celeste levantando sus ojos llenos de gozo hacia el adusto semblante de su hermano.

— Sólo por darte gusto á tí no voy: cuando me miras con esos ojos, tan azules como el cielo y tan tristes, no sé decirte á nada que no.

Estas escenas se repetían con mucha frecuencia, porque la jóven tenía encantados á todos con su dulce carácter y sus seductoras gracias.

En cuanto á Mariano, era un niño de nueve años que se parecía algo á Celeste: tenía, como ella, los cabellos rubios, aunque de distinto matiz, porque tiraban á rojos, su tez era gruesa y estaba señalada por algunas pecas; sus ojos, garzos y pequeños, pero alegres; era de dulce carácter y se sometía á todos los caprichos de su hermano, quien, sin embargo de quererle, le pegaba mil veces al día.

Celeste vestía con sencillez, á pesar de que su madre cuando iba á la ciudad no hallaba cosa bastante bonita

para ella: no había vez que *bajase* á hacer sus compras que no trajese para Celeste un vestido, un pañuelo, un delantal ó una gargantilla; así la jóven, aun cuando era poco aficionada al lujo, estaba siempre linda y coquetamente adornada, y daba envidia á todas las muchachas de Cabañas.

Un domingo por la mañana vió Celeste salir de la iglesia á un gallardo mozo.

Tenía una figura tan bella y estaba tan bien vestido que no pudo ménos de fijar la atención de la jóven.

Al salir de la misa mayor vió al desconocido con su padre que las esperaba en la calle á su madre y á ella.

— Joaquina — dijo Juan María — ¿á que no conoces á este buen mozo?

— No por cierto — respondió la alcaldesa.

— Ya lo sabía yo: como que hace ocho años que se marchó á servir á la reina; es Lorenzo, el hijo de Bruno *el rico*, ¿no te acuerdas?

— ¡Ah, ya! ¡ahora sí! ¡es el hijo de Bruno! ¡el de la alquería de junto al molino!

— Cabal; pero mira qué buen mozo viene.

— ¡Ya se ve que sí!

Lorenzo miraba á Celeste, que por su parte no levantaba los ojos del suelo, y sentía palpar con violencia su corazón; luego dijo:

— ¿Y ésta es aquella rubilla que jugaba cuando yo me fuí, con los chiquillos?

— La misma — respondió con orgullo Juan María. — ¿Verdad que se ha hecho guapa?

— ¡Como una imagen! — exclamó Lorenzo con calor.

—Pero hijo—observó á su vez Joaquina—¿qué empeño tuviste de ir á servir? Tu padre podía haberte puesto, no un hombre, sino media docena.

—Ya lo sé—repuso Lorenzo;—á buen seguro que no fui por el gusto de mis padres, señora Joaquina, sino porque me parece una cobardía el que el hombre que cae soldado envíe á otro en su lugar, sólo porque tiene dinero.

Al oír estas nobles palabras, Celeste alzó los ojos y la cabeza: su frente estaba coloreada por un noble entusiasmo: parecía otra criatura muy distinta por cierto de la débil y tímida niña que hemos conocido.

Aquella tarde, en vez de ir Lorenzo á la plaza del lugar con todos los muchachos á bailar ó jugar á los bolos ó á tirar á la barra, fué á casa del alcalde y se sentó en el huerto al lado de Celeste y á la sombra del nogal.

Por la noche decia al señor cura su madre, venerable, risueña y aseada anciana:

—¿Sabes, hijo, lo que digo?

—¿Qué, madre?

—Que Lorenzo se casará ántes de mucho con Celeste, la hija de Juan María.

—Muy buena boda hará—respondió el vicario con aire de convicción.

—Tal vez no tan buena como tú te figuras, hijo mío—observó la señora Plácida moviendo la cabeza tristemente.

—¿Por qué dice V. eso, madre mía?

—Porque Lorenzo es vanidoso y Celeste humilde; porque ella es dulce y él es soberbio y altivo.

—Tanto mejor para que sean dichosos.

—No lo creas; tanto mejor para que la pobre Celeste sea la víctima: tú sabes, hijo mío, que yo soy una mujer que no conoce el mundo, que la población más grande que he visto es Epila, la villa donde nací; pues bien, á pesar de todo, mi instinto me dice que esa boda no ha de ser conveniente.

—Madre mía—respondió el vicario tomando afectuosamente la mano de la señora Plácida—usted es una mujer sencilla, criada en los campos, y que sólo ha sabido amar á Dios, á su esposo, á su hijo y practicar mucho bien; pero además de esas virtudes tiene V. un talento, que no por ser sólo natural deja de ser muy elevado: tiene V. el penetrante instinto de la mujer, que suple á la experiencia, y tiene V., en fin, el mejor corazón del mundo; pues bien, dígame V. sin reparo lo que su corazón y su talento preven para Celeste.

—Yo no lo sé, hijo mío—dijo la anciana;—pero hay en mí una voz secreta que me dice que esa niña no ha de ser dichosa.

Después de esta conversacion, el señor cura quedó muy pensativo y observó á Lorenzo: no era el lobo, de quien él habia dicho en medio de sus temores que la ovejilla Celeste podia apasionarse; pero era el león soberbio, que sacudía su larga melena con orgullo y que miraba á la pobre niña con una especie de tierna conmiseracion, como si hubiera comprendido que era árbitro soberano de su suerte.